

H. P. - H. P. - H. P.

Circular de la Alcaldía sobre amortiguadores de toda la algarabía, con que un sin fin de motores nos molestan noche y día. «Cumplimiento radical», dice el papel.

MORALEJA

Si, señor, pero, dñense, por favor, una vuelta pericial.

Ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS

17 DE DICIEMBRE DE 1953

TIEMPO PARA LA LIBERTAD

Millones de mortales nos quejamos de la falta de tiempo. Ríos de tinta corrieron ya en revistas, periódicos y libros sobre este tema del tiempo que se nos escurre de las manos, que no podemos aprehender y



mucho menos fijar.

«Fugaces huyen las horas,» dijo el clásico. Pero todos los autores de la antigüedad utilizaron el tópico, repetidamente machacado, para significar de un modo general el paso inexorable del tiempo, o la pérdida de la juventud, cosa ésta que no tiene importancia alguna lejos de la valoración exclusivamente estética.

Si, el tiempo huye de nosotros y nos vamos haciendo viejos. Ya lo sabemos, como sabemos que vamos a morirnos. Lo cual, por mero sabido, vive con nosotros y no merece que nos pongamos elegíacos.

Lo que tiene una gravedad enorme es el hecho de que el tiempo nos es restado de nuestra cuenta con la vida sin que tengamos la sensación de que somos en cambio recompensados con un abono para obras que satisfagan nuestro exclusivo criterio de valoración exigente. Supongamos que hace unos años un hombre terminaba su jornada de trabajo a las seis o las siete de la tarde y se ponía a pensar: «Un día más,» mientras sacaba del cajón de la mesa las cartas para echar la partida con sus amigos, o en tanto se dedicaba a pegar sellos en su colección o se entretenía en hacer un gallinero, porque sí, por mero gusto, porque aquel tiempo sobraba, y como él lo vivía, tomaba su parte y la empleaba en lo que le venía en gana.

¿Qué inflexión dramática podía tener la voz de aquel hombre que a las X horas terminaba su labor obligada del día? Ninguna: hacía, elegía por el mero hecho de hacerla o porque algo hay que decir. Se hacía viejo como todo hijo de vecino, repartiendo su tiempo entre la obligación y la devoción.

A nosotros, por estúpido imperativo de la Epoca, nos toca vivir el sarcasmo de un tiempo que nos es entregado graciosamente a condición, empero, de tener que emplearlo *todo en labor obligada*, perentoriamente exigida para la subsistencia de nuestro cuerpo animal. Todo. Apenas un minuto de abono en nuestra cuenta para obras valorables desde nuestra subjetiva exclusividad. Es decir, que venimos a soporiar la vida, que no a gozarla, con un saldo negativo inicial: estamos hipotecados desde el principio. No hay gallinero, no hay sellos, salvo en contados casos. Me refiero al hombre medio consciente. Todos los

demás tipos de hombre no interesan al caso.

¿Qué inflexión dramática tendrá nuestra frase: «No tengo tiempo?» Ocioso es recordarlo.

Oiga, — nos dice nuestra época: — Aquí tiene usted trece horas para su jornada. Las va a emplear usted todas en trabajar. — Conforme, acepta el laborioso hijo de Adán. Esto debe ser que se ha descubierto una longitud mayor para el día; trabajaremos trece horas, descansaremos siete u ocho, y nos quedarán cinco horitas para satisfacer nuestros gustos y aficiones. — No, — dice la Epoca, con una sonrisa. No me ha comprendido bien. Tiene usted trece horas para trabajar. Descansa usted ocho y tiene las otras tres para las comidas y necesidades de su cuerpo. — Pero ¿y mi espíritu? pregunta el hombre. Yo debo entretenerme en otras cosas, a mi me gusta pintar, o pescar o montar barquitos dentro de las botellas. — Lo siento, replica la Epoca. No hay ocios. Le ha tocado a usted vivir en un mal momento. Peor estaban en galeras.

— ¡Toma! — piensa el honrado mortal. ¡Peor están en la fosa! Pero, luego, puede que se pregunte: ¿De veras están peor?

Porque lo que el hombre de hoy desea ardientemente es poder perder un poquitín el tiempo a su manera, poder hacer aquellas cosas para la que no es preciso cobrar nada, poder disponer de un poquitín de su tiempo para su libertad, la suya exclusiva.

Por eso la frase «no tengo tiempo» cobra su auténtico sentido de negación de la posesión. Porque el tiempo sólo

Sintomas

Abundancia y animación

Va ocupando lugar destacado, entre las cosas de nuestra vida cotidiana, el mercado que se celebra todos los domingos. Basta darse una vueltecita por el mismo, para darse una idea de como han ido superándose unos tiempos que han pasado ya, al rincón del olvido. Cada vez son más numerosos los comerciantes de toda índole y de lejana procedencia, que vienen dándose cita con sus productos en nuestro mercado dominiguero. Es de ahí, y nada más que de ahí, que va surgiendo aquella ley legítima de la oferta y la demanda, sinónimo de abundancia.

También nuestro mercado demuestra de que la capacidad de consumo de nuestra ciudad no es solamente para ser tenida en cuenta en verano, cuando nos visitan las diferentes oleadas de turistas, sino que en invierno también tiene su importancia, cada vez más reciente, por aspectos que, aunque no viene a cuento ahora detallar, siempre son halagüeños para la ciudad.

Ahora, aguardemos poder contemplar el mercado del domingo próximo, que seguramente será el de Navidad, con su más variado y atractivo contenido de productos apetecibles, y confiemos que los pavos que en este día sean ofrecidos a la venta, no lo sean a precios pavorosos, como decía un periodista madrileño. — L.

se posee en función de la libertad de usarlo, de gastarlo. El tiempo es como el dinero. Mas, para el tiempo solo caben posiciones honradas. Hasta que descubramos el modo de falsificar cheques de tiempo. Que también sería una solución. Terrible, pero solución al fin.

J. V. A.

La luz y fuerza del entendimiento

La fiesta del Pilar nos trajo la supresión de los dos días de restricción del fluído que en aquel mes pesaba sobre nuestras actividades, y que en estos momentos volvían a ceñirse sobre nosotros, ahora ha sido en la fiesta de la Inmaculada cuando hemos visto reducido a un día a la semana, la falta de tan preciado elemento.

Si ante estas coincidencias siguiéramos pensando en un cálculo de probabilidades, qui-

zá podríamos ver a la sucesión de fiestas que se avecinan, como una esperanza de lluvias bienhechoras que permitieran holgar como la tradición venía demandando hasta ahora.

Porque con todo, fué muy de lamentar que en nuestras latitudes no se diera la misma interpretación a la fiesta de la Inmaculada, como se la dieron por ejemplo, en la provincia de Barcelona.

I.

EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD

Nuestra próxima edición tendrá el carácter de extraordinaria en glosa y conmemoración de la Navidad.

7 DIAS

PERSPECTIVAS

Reconfortante la noticia; tanto como ansiosamente esperada. Según hemos tenido el placer de leer en estas mismas páginas — número de Ancora del 26 de noviembre del año en curso — vamos a estar de enhorabuena los recalitrantes soñadores en un San Feliu con títulos prácticamente auténticos para que, por nadie, le pueda ser escatimado el legítimo derecho de ostentar dignamente la novísima capitalidad comarcal que el portentoso auge de esta Costa Brava le ha traído como un don llovido del cielo, como el feliz, inesperado, hallazgo de una perla brillando tentadora en la lámina de oro mate de sus playas abiertas y acogedoras.

Parece, pues, que en breve va a reemprenderse — podríamos acaso decir en segunda edición y, como todas, de desear es que también ésta sea «corregida y aumentada» — la urbanización definitiva de la montaña del Castellar, o de San Elmo, como se quiera, y hasta, más llano aún, de «Sant-Em», dicho en expeditiva, popular, fonética local. Inclusive tenemos — y ello nunca es grano de anís — que la cosa ha tomado ya su correspondiente estado oficial al cristalizar en reciente, casuístico, acuerdo edilicio, como cauce legal impregnado, por cierto, de un loable sentido de franca invitación.

Alegrémonos; pues, realmente, la deplorable situación en que, durante años, se ha mantenido esta vital cuestión, era algo que estaba pidiendo a gritos la aplicación práctica de urgente remedio por parte de todos los llamados a ofrecerlo: Corporaciones, Organismos, empresa privada.

Esta vez — y aquí quizá resulta obligado hacer agradecida memoria de los esfuerzos realizados, aunque en acusado grado de frustración, por el benemérito precursor en la iniciativa señor Rius y Calvet — esta vez, decimos, parece que la cosa va a ir en serio y hasta con prisas, puesto que existe ya la Sociedad que se propone dar el necesario impulso a la obra — ingente obra, añadimos nosotros, si realmente ha de ser algo definitivo y sobre todo digno del lugar y ambiente — de transformación de nuestra clásica montaña, de tan inconfundible como evocadora silueta para nosotros los nacidos a su sombra protectora, hasta dejarla convertida en una bella zona residencial de privilegiada situación, siempre, desde luego, que un bien documentado acierto presida la concepción y ejecución de sus múltiples, importantísimos, detalles.

Es con íntima y cordial satisfacción, pues, que todos los que sentimos verdadero amor por nuestra Ciudad, hemos de saludar, con justificado júbilo este anuncio del pronto resurgimiento, de la urgente puesta en marcha y en valor de la obra, por tantos conceptos interesante, la dignificación de nuestro viejo promontorio de «Sant Elm».

A todos, pues, Empresa urbanizadora en primer término — puesto que de su esfuerzo inteligente ha de depender en mucho el éxito —, Organismos oficiales competentes, cálida adhesión pública, tanto en la esfera local como en la general, a todos, séanos permitido pedirles desde estas columnas, quieran poner en el feliz logro de tan magnífica obra de urbanización y embellecimiento de un paraje natural que por solo su situación privilegiada ya es un precioso diamante en bruto, todo su interés, todo su cariño, todo el caudal y empuje de su capacidad creadora y organizadora para — estamos de ello convencidos de antemano — en un muy próximo futuro poder recoger la adecuada y justa compensación en todos los aspectos que han de derivarse de la realización práctica de tan audaz iniciativa.

Este es el ferviente deseo que nos anima en esta coyuntura, siempre con la mirada y el pensamiento fijos en el acrecentamiento del prestigio, fama y progreso de nuestro querido San Feliu de Guixols.

Eduardo Bardas Planellas